

La extraña dualidad de los atardeceres

Experiencia del tiempo y testimonio
de época en *La montaña mágica*

Pedro Ruiz Torres
pedro.ruiz@uv.es

INTRODUCCIÓN

La montaña mágica de Thomas Mann es una de las obras cumbres de la literatura universal. Por ella se han interesado los estudiosos de la literatura, los filósofos, los pedagogos, los médicos, los psicólogos y psicoanalistas, los antropólogos y en algunas –muy pocas– ocasiones también los historiadores. La escasa atención de estos últimos resulta comprensible. ¿Qué pueden encontrar en esta novela si su trabajo pretende dar cuenta del mundo anterior a la Primera Guerra Mundial, hacer inteligible el estallido de «la gran tempestad», comprender las experiencias y la nueva cultura que trajo consigo la catástrofe? En apariencia, no se presta a un análisis histórico con el fin de hacer frente a semejante tipo de cuestiones. Tampoco ayuda mucho a entender el porqué de ciertos fenómenos colectivos, impregnada la narración como está de algo muy singular e íntimo. En consecuencia, parece lógico que los historiadores de la vieja historia política, de la nueva historia de tipo económico y social, incluso aquellos que se adscriben a la nueva historia cultural y ponen énfasis en las culturas políticas, no hayan perdido el tiempo en una búsqueda infructuosa.

Sin embargo, como intentaré mostrar en este escrito, hay razones para que *La montaña mágica* se convierta en una valiosa fuente de información para los historiadores. La novela saca a relucir diversas experiencias de una época que se relacionan con diferentes actitudes políticas. Son experiencias que, en su momento, fueron concebidas de distintas maneras y su recuerdo, en unos años de cambio vertiginoso, se modificó en el interior de una misma persona durante un corto tramo de su propia vida. Por supuesto, el resultado del análisis de una novela como *La montaña mágica* carece de representatividad estadística, pero eso también

interesa al análisis histórico. En la actualidad el estudio de los hechos del pasado no se propone únicamente dar cuenta de los fenómenos colectivos. Atrás quedó la falsa dicotomía que llevaba a pronunciarse a favor de lo social o de lo individual, como si la sociedad no estuviera formada por individuos y los individuos pudieran aislarse de su medio social y cultural. Las experiencias personales se incluyen en las mejores obras de historia, tal como hace Ian Kershaw por los motivos expuestos en el prólogo de su libro *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*:

En todo momento me he preocupado por incorporar las experiencias personales de individuos contemporáneos de los hechos para dar una idea de lo que fue vivir aquella época, tan cercana en el tiempo a la Europa actual, pero tan distinta de ella por su naturaleza. Reconozco desde luego que la experiencia personal no es más que eso. No puede tomarse como un dato estadísticamente representativo. Pero a menudo puede ser vista como un indicador, un reflejo de unas actitudes y unas mentalidades más generales. En cualquier caso, la inclusión de las experiencias personales proporciona impresiones instantáneas muy vívidas y da una sensación, desligada de cualquier abstracción y análisis impersonal, de cómo reaccionaba la gente ante las poderosas fuerzas que zarrandeaban sus vidas.¹

Thomas Mann comenzó a escribir *La montaña mágica* a finales de 1912. La redacción se interrumpió debido a la Gran Guerra. Más tarde se retomó y el libro pudo por fin publicarse en 1924. Su génesis y las circunstancias del autor son bien conocidas. El propio Thomas Mann se refirió a ello en la conferencia que el 10 de mayo de 1939 pronunció en la Universidad de Princeton, conocida con el título «Introducción a *La montaña mágica*». En 1912 visitó a su esposa en el Sanatorio Wald de Davos, en los Alpes suizos, en donde ella se encontraba convaleciente de una dolencia pulmonar. Muy pronto quiso transformar sus impresiones y experiencias de aquella estancia en un relato que al principio pensó como la contrapartida humorística de *La muerte en Venecia*. Más tarde el proyecto original de *short story* adquirió una ambición desbordante y acabó transformándose en algo muy distinto. La guerra interrumpió la redacción y proporcionó un final y unas experiencias que enriquecieron la novela.² En su biografía *Thomas Mann. La vida como obra de arte*, Hermann Kurzke completa esta información. *La muerte en Venecia* no estaba del todo acabada cuando Thomas Mann viajó en mayo de 1912 a Davos para estar con su esposa y pensó en añadirle una sátira burlesca a la trágica humillación del personaje de su anterior relato. Los primeros capítulos de *La montaña mágica* se escribieron entre julio de 1912 y el inicio de la guerra, con una segunda y breve fase de trabajo en la primavera de 1915. Por

1. Ian KERSCHAW: *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*, Barcelona, Crítica, 2016, p. 23.

2. Thomas MANN: Introducción a *La montaña mágica*. Conferencia dictada a los estudiantes de la Universidad de Princeton (USA) el 10 de mayo de 1939; la traducción al castellano puede verse en el siguiente enlace en internet: <https://web.archive.org/web/20071014015142/http://www.revistaoxygen.com/Menus/Recursos/7montana_magica.htm>.

entonces, el libro había crecido hasta llegar al apartado «Hippe» del capítulo IV. Los problemas de la guerra interrumpieron la redacción e hicieron que Thomas Mann escribiera el ensayo *Las consideraciones de un apolítico*. El 9 de abril de 1919 retomó la novela y volvió a darle forma, pero pronto se interpusieron nuevos ensayos, como *Goethe y Tolstoi* (1921) y *Vivencias ocultas* (1923). *La montaña mágica* se terminó a finales de septiembre de 1924, en noviembre estaba publicada y de inmediato consiguió un éxito abrumador.³ Se había convertido en una obra de más de mil páginas.⁴

Como decía antes, pierde el tiempo quien busque en *La montaña mágica* un testimonio o una información relevante para entender cómo fue posible la Gran Guerra. Tampoco en esta novela se narran experiencias del conflicto o que podamos relacionar con la profunda y dramática transformación cultural –en las representaciones y en el sistema de valores, ideas y prácticas– que produjo la guerra, es decir, en eso que los historiadores denominan *la cultura* o *las culturas de guerra*. Nada tiene que ver, por tanto, con otras muchas obras que relatan y dan testimonio de lo que trajo consigo la Primera Guerra Mundial, como *Le Feu. Journal d'une escouade* de Henri Barbusse (premio Goncourt de 1916), *Les Croix de bois* de Roland Dorgelès (premio Goncourt de 1919), *Im Westen nichts Neues* de Erich Maria Remarque (1929), *La Peur* de Gabriel Chevallier (1930) y un largo etcétera. De 1920 es *In Stahlgewittern* de Ernst Jünger y de finales de esa misma década el libro de Jean Norton Cru *Témoins: essai d'analyse et de critique des souvenirs de combattants édité en français de 1915 à 1928* (1929), que recoge 304 títulos de 253 autores. En cuanto a saber cómo era *El mundo de ayer*, un «mundo de la seguridad» al menos en apariencia, lleno de «luces y sombras», al que Stefan Zweig dedicó la mitad de sus *Memorias de un europeo* antes de suicidarse en 1941, poca información hay en *La montaña mágica* de los cambios económicos y sociales, en la tecnología, en las relaciones políticas internas y a escala internacional, en los modos de vidas y las costumbres durante el periodo de la *belle époque*, es decir, desde finales del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial; y sin embargo...

En la conferencia de 1939, a que me he referido antes, Thomas Mann afirmó que *La montaña mágica* es una novela «sobre el misterio del tiempo», una «novela temporal en un doble sentido: primero en el histórico, debido a que intenta trazar un cuadro de los aspectos internos de una época, de Europa en vísperas de la guerra; pero también porque se ocupa del propio tiempo y no solo en cuanto experiencia de su héroe, sino también en sí misma, como novela, y a través de sí». En ambos sentidos, dado que habla de una época y porque plantea el problema

3. Hermann KURZKE: *Thomas Mann. La vida como obra de arte. Una biografía*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2003, p. 347.

4. Exactamente 1.050 páginas en esta edición en castellano: Thomas MANN: *La montaña mágica* (nueva traducción de Isabel García Adánez), Barcelona/Buenos Aires, Edhasa, 2009; decimocuarta reimposición, noviembre, 2018. Las páginas que cito proceden de aquí y van entre paréntesis en el cuerpo del texto.

del tiempo, creo que los historiadores deberían haberse fijado más en esta obra. Su autor concibió y transmitió unas experiencias para él muy contradictorias y propias de una época y, en unos años cruciales de su vida, hizo gala de una mentalidad y de una actitud acordes con el ambivalente recuerdo de esas experiencias.

EXPERIENCIA DEL TIEMPO

En primer lugar, veamos el testimonio de Thomas Mann, en *La montaña mágica*, de cómo el tiempo se convierte en un problema y con qué experiencias se relaciona ese cuestionamiento. Para empezar, seguiré de cerca como guía de lectura las ideas que el filósofo Paul Ricoeur expone en el apartado «La montaña mágica» del capítulo IV, «Experiencia ficticia del tiempo», en el tomo segundo de *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato de ficción*.⁵ Las acompañaré de referencias a la edición en castellano de *La montaña mágica* (las páginas entre paréntesis), a partir de mi propia lectura, y añadiré algunos comentarios. Después iré por otro camino y esa problematización del tiempo me servirá, como testimonio, para entrar en cómo se pensó de distintas maneras la experiencia del tiempo en las primeras décadas del siglo XX. El contexto histórico de esos años nos lleva a una época en la que surgieron nuevas formas de concebir la temporalidad que entraron en conflicto con la idea, predominante hasta entonces en la cultura moderna, de un tiempo único, homogéneo, lineal y en la dirección del progreso.

La montaña mágica es para Paul Ricoeur una novela *sobre* el tiempo que como «novela temporal» puede ser interpretada en varios sentidos y de un modo peculiar, por cuanto es a la vez *la novela del tiempo*, *la de la enfermedad mortal* y *la del destino de la cultura europea*. Como *novela temporal* contrapone el estar «fuera del tiempo» de «los de arriba» (los que residen en el sanatorio de la «montaña mágica»), al tiempo cronológico de «los de abajo» (los del país llano, que vagan al ritmo del calendario y de los relojes). «La oposición espacial redobla y refuerza la oposición temporal», nos dice el autor de *Tiempo y narración*. Por su parte, la *técnica narrativa* empleada en la obra confirma su característica de «novela temporal», al poner el acento en la relación entre el tiempo de la narración y el tiempo narrado. De un lado, el *tiempo de la narración* se acorta continuamente respecto al *tiempo narrado*. Del otro, hay un contraste muy evidente entre unos capítulos cada vez más largos (el primero de 22 páginas, el segundo de 25, el tercero de 76, el cuarto de 128, el quinto de 233, el sexto de 292 y el séptimo y último de 257 páginas)⁶ y un relato que abrevia el tiempo transcurrido: *momento* de la llegada, vuelta regresiva hasta ese momento inicial, *primer día* completo en el sanatorio,

5. Paul RICOEUR: *Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato de ficción*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1987, pp. 201-231.

6. Los cálculos son míos, según la edición en castellano antes citada.

tres primeras semanas (que es el intervalo exacto que el protagonista pensaba dedicar a su visita), *siete primeros meses, un año y nueve meses, cuatro años y medio* restantes. Dicho contraste crea un efecto de perspectiva esencial para comunicar al lector todo aquello que constituye la experiencia principal de Hans Castorp: el debate interior del héroe con la pérdida del sentido del tiempo. Por último, siempre según Paul Ricoeur, el autor interviene en su narración e introduce la *voz narrativa* dentro de su obra, una voz distinta de la narración propiamente dicha y superpuesta a la historia narrada, que interpela continuamente al lector y diserta sobre su héroe de una manera que forma parte sustancial del texto. Esta voz narrativa, desde el proemio, problematiza el tiempo cronológico en la experiencia del protagonista y la relación entre el tiempo de la narración y el tiempo narrado; enfrenta el tiempo del calendario y de los relojes con el tiempo despojado de cualquier carácter mensurable e incluso de cualquier interés por la medida; y acerca este último a una «antigüedad» sin edad, la de la leyenda, en la que debe narrarse la historia «bajo la forma del pasado más alejado» –son palabras de Thomas Mann–, una historia en consecuencia que no es solo por tanto la de una antigüedad datada, la del mundo de antes de la Primera Guerra Mundial.

El problema de la doble naturaleza del tiempo no gravita, sin embargo, para Paul Ricoeur, a diferencia de lo que ocurre en *La señora Dalloway* de Virginia Woolf, en torno a las relaciones conflictivas entre el tiempo interior y el cronológico, sino que entra de lleno en una tensión muy diferente. Se trata de la tensión entre el mundo de la vida, de la salud y de la acción, y el mundo de la enfermedad, de los sanatorios y de los médicos, el del hechizo de la pulsión de la muerte; un lugar fuera del espacio y del tiempo propiamente dichos que une el amor y la muerte, el atractivo sensual y la podredumbre. Cabe añadir lo siguiente a lo señalado por Ricoeur. En un lugar tan extraño, en donde se sigue admirando la belleza de ciertas personas y Hans Castorp se enamora perdidamente de la exótica rusa Clawdia Chauchat, que le recuerda a Pribislav Hippe, su compañero en el bachillerato, nuestro protagonista toma conciencia del destino final de esos mismos cuerpos, todavía llenos de vida, con la ayuda de la radioscopia, que por entonces era una de las grandes conquistas del progreso científico y tecnológico. Hans Castorp siente el efecto mágico de penetrar en el cuerpo humano, de ir hasta el interior de su propia tumba y de ver el futuro fruto de la descomposición (apartado «¡Dios mío, lo veo!» del capítulo V, pp. 293-317). A partir de entonces, y tras el correspondiente examen médico y la entrega de la fotografía del interior de su cuerpo como recuerdo, Hans Castorp lleva «su carnet de enfermo en el bolsillo», como irónicamente le reprocha Settembrini (p. 358).

Añadiré más comentarios a partir de la lectura de la novela. Nuestro héroe hace caso omiso de las recomendaciones de Settembrini, un personaje muy importante, como pronto vamos a comprobar, y no se marcha del sanatorio ni regresa a su casa, al mundo de allá abajo en el que resulta útil y necesaria su profesión de ingeniero. Al contrario, Hans permanece en el pequeño mundo de los de arriba, apartado

de todo, en el que reina la penumbra y el sol no es más que un pálido resplandor detrás de semejante velo. «Sin embargo, la nieve difundía una suave luz indirecta, una claridad lechosa que embellecía al mundo y a los hombres, incluso cuando éstos tenían la nariz colorada bajo sus gorros de lana blanca o de colores» (p. 388). En efecto, fuera del tiempo de los calendarios y de los relojes, sintiendo que se le escapa la duración real del tiempo, porque unas veces le parece que transcurre con mucha rapidez y otras muy lentamente, con la libertad que ello le confiere («Libertad» es el título de otro de los apartados del capítulo V, pp. 317-325), envuelto en la magia de la noche invernal, Hans Castorp tiene sensaciones contradictorias. Le entra un apetito desmesurado y es preso de una somnolencia constante. Permanece en un estado en el que sobresale «la inercia y la sobreexcitación, ambas unidas y a un mismo tiempo: por un lado, la pereza y la terrible fatiga de su cuerpo, que se oponía en firme a cualquier movimiento, por el otro, la agitación de su espíritu, al que ciertos estudios nuevos y absorbentes emprendidos por el joven no concedían sosiego alguno». Así inicia sus investigaciones («Investigaciones» es el título de la antepenúltima sección del capítulo IV, antes de que lleguen «Danza de la muerte» y «La noche de Walpurgis»), después de haber comprado obras de anatomía, fisiología y biología escritas en alemán, francés e inglés. A Hans le obsesiona la pregunta «Qué era, pues, la vida» y sigue el desarrollo del organismo a partir del instante en que un espermatozoide fecunda un óvulo. Plantea el absoluto misterio del protoplasma, cómo es la función fisiológica de ciertas partes del cuerpo, qué ocurre en el cerebro también durante el sueño. «Pero ¿qué eran todas aquellas incógnitas en comparación con la perplejidad que uno sentía ante fenómenos tales como la memoria, o de esa forma de memoria más amplia y más sorprendente que constituye la transmisión hereditaria de cualidades adquiridas?». De los genes Hans Castorp pasa al átomo, «un sistema cósmico cargado de energía, en el seno del cual gravitan los cuerpos en una rotación frenética alrededor de un centro semejante al Sol y cuyos cometas recorren el aire a una velocidad de años luz y se mantienen en sus órbitas excéntricas por la fuerza del campo central», y del átomo al universo estelar. Al final del apartado «Investigaciones» del capítulo V llega la sorprendente conclusión de nuestro héroe, que renuncia a bajar al mundo de lo real y continúa preso del hechizo de una montaña mágica en la que el tiempo pierde sus características habituales en la llanura. Para Hans Castorp la enfermedad es la forma impúdica de la vida, pero la vida es una enfermedad infecciosa de la materia, porque el primer paso hacia el mal, la voluptuosidad y la muerte es el momento en que, por una infiltración desconocida, tiene lugar la primera condensación del espíritu y se produce la transición de lo inmaterial a lo material (eso es el pecado original) y luego de lo inorgánico a lo orgánico y más tarde del cuerpo a la conciencia. «La vida no era más que una progresión por el camino lleno de aventuras del espíritu que había perdido el pudor, un reflejo del calor que causaba la vergüenza en la materia despierta a la sensualidad y que se había prestado a acoger el desencadenante de todo fenómeno» (pp. 397-414).

Después de esta larga digresión, que nos alejó por un momento de las ideas de Paul Ricoeur y busca por mi parte darle un especial relieve a ciertos apartados del capítulo V de *La montaña mágica* («¡Dios mío, lo veo!», «Libertad» e «Investigaciones»), es hora de volver al análisis del autor de *Tiempo y narración* y a las preguntas que se plantea. ¿Cómo logra también ser una novela sobre la enfermedad y sobre la cultura? Paul Ricoeur responde lo siguiente. Thomas Mann pudo unir estos tres problemas al haber compuesto una obra emparentada con la gran tradición alemana de la «novela educativa». Desde el momento en que la novela se lee como la historia de un aprendizaje espiritual centrado en el personaje de Hans Castorp, el asunto consiste en averiguar cómo la técnica narrativa logra integrar entre sí la experiencia del tiempo, la enfermedad mortal y el gran debate sobre el destino de la cultura europea. A ello dedica Ricoeur la mayor parte de su análisis. El mío, por el contrario, irá en otra dirección con vistas a explorar un camino distinto y plantear una cuestión diferente. No se trata de cómo esta «novela temporal», en el triple sentido de la expresión, transforma la «novela educativa» en un aprendizaje lleno de aporías, de ambivalencias, en el que la discordancia prevalece sobre la concordancia y se establece una *relación de distancia irónica*. Aquello que me interesa como historiador es de qué manera *La montaña mágica* se convierte en *testimonio de una experiencia nueva, contradictoria y llena de contrastes*. Dicha experiencia, para concebirse y transmitirse, necesitó una forma narrativa también nueva y esto último lo destaca con toda razón Paul Ricoeur. Pero intentaré mostrar que esa experiencia se relaciona estrechamente con los efectos, asimismo contradictorios y llenos de contrastes, de una transformación social y cultural de envergadura. A partir de finales del siglo XIX, un cambio radical se produjo en gran parte de Europa occidental. La Primera Guerra Mundial le imprimió una velocidad de vértigo, pero a su vez el gran conflicto bélico modificó drásticamente el curso de esa transformación y la hizo entrar en un camino que nadie antes había siquiera imaginado.

Que el tiempo es un enigma resulta una idea recurrente por lo menos desde Aristóteles y de ello da cuenta Agustín en sus *Confesiones*. Hans Castorp hace otro tanto en el tercer capítulo de *La montaña mágica* y reitera ese problema insoluble a lo largo del resto de la novela. «El tiempo no posee ninguna 'realidad'. Cuando nos parece largo es largo y cuando nos parece corto es corto; pero nadie sabe lo largo o lo corto que es en realidad» (p. 97). Cuando su primo Joaquim Ziemssen, al que ha ido a visitar, convaleciente como está en el Sanatorio Internacional Berghof en Davos, le replica que sí es posible hacerlo, puesto que tenemos relojes y calendarios, Hans le contesta: un minuto de reloj no dura siempre lo mismo según nuestra apreciación. Medimos el tiempo por medio del espacio, pero es como si quisiésemos medir el espacio en función del tiempo. «De Hamburgo a Davos hay veinte horas de ferrocarril... Sí, claro, en tren. Pero a pie, ¿cuánto hay? ¿Y en la mente? ¡Ni siquiera un segundo!». El espacio lo percibimos con nuestros sentidos por medio de la vista y el tacto, ¿pero y el tiempo?

Entonces ¿cómo vamos a medir una cosa de la que, en el fondo, no podemos definir nada, ni una sola de sus propiedades?, ¿dónde está escrito que transcurre de una manera uniforme? Solo podemos decir que el tiempo pasa «y nuestras medidas no son más que puras convenciones» («Lucidez», pp. 97-98). Al principio del capítulo VI Hans vuelve a preguntar ¿qué es el tiempo?, a la manera de San Agustín, y responde de un modo que parece unir a Kant con Aristóteles: «Un misterio omnipotente y sin realidad propia. Es una condición del mundo de los fenómenos, un movimiento mezclado y unido a la existencia de los cuerpos en el espacio y a su movimiento». Las preguntas que luego se formula nuestro protagonista llevan a una toma de conciencia de las aporías del tiempo. «¡Es inútil preguntar!». ¿Hay tiempo porque hay movimiento o hay movimiento porque hay tiempo? ¿Es el tiempo una función del movimiento, es lo contrario o son ambos una misma cosa? ¿El tiempo es activo, es «productivo», produce el cambio o, como el movimiento por el cual se mide el tiempo es circular y se cierra sobre sí mismo, el *entonces* se repite sin cesar en el *ahora*, y el *allá* se repite en el *aquí*? Si se piensa que el tiempo y el espacio son eternos e infinitos, ¿no queda todo reducido a cero?, ¿puede haber sucesión en lo eterno y coexistencia en lo infinito? («Cambios», p. 498).

Tampoco la diferencia entre el tiempo de los calendarios y de los relojes, es decir, el tiempo en tanto que medida del movimiento, el tiempo cosmológico, cronológico, objetivo, y el tiempo íntimo, psicológico, subjetivo, el de la conciencia, es algo que pueda presentarse como nuevo en la época en que Thomas Mann escribe *La montaña mágica*. La voz narrativa del autor dentro de la obra interrumpe en el capítulo IV la narración con un «Excurso sobre la conciencia del tiempo» (pp. 148-153) que contradice «muchas teorías erróneas sobre la naturaleza del hastío». Para Thomas Mann la monotonía no solo puede traer la sensación de estirar el momento, de manera que las horas se hagan largas y aburridas; a la inversa, un acontecimiento novedoso e interesante hace más corta y fugaz una hora e incluso un día. Si consideramos el conjunto «que confiere al paso del tiempo una mayor amplitud, peso y solidez», la impresión que resulta es muy diferente. Entonces «los años ricos en acontecimientos transcurren con mayor lentitud que los años pobres, vacíos y carentes de peso, que el viento barre y pasan volando [...]. Los grandes periodos de tiempo, cuando transcurren con una monotonía ininterrumpida, llegan a encogerse en una medida que espanta mortalmente al espíritu». Thomas Mann no piensa en ello solo desde el punto de vista del narrador, un narrador que se toma más tiempo de narración cuando los acontecimientos a que hace referencia traen novedades y cambios importantes, mientras abrevia ese tiempo de narración en los periodos en que poco o nada relevante sucede. Aquello que también saca a relucir es el papel de primer orden que en nuestra percepción del tiempo juega la costumbre y el cambio introducido en el modo de vida.

La costumbre hace que la conciencia del tiempo se adormezca o, mejor dicho, quede anulada, y si los años de la niñez son vividos lentamente y luego el resto de la vida se desarrolla cada vez más deprisa y se acelera, también se debe a la costumbre. Sabemos perfectamente que introducir cambios y nuevas costumbres es el único medio de que disponemos para mantenernos vivos, para refrescar nuestra percepción del tiempo, en definitiva, para rejuvenecer, refortalecer y ralentizar nuestra experiencia del tiempo y, con ello, renovar nuestra conciencia de la vida en general.

Todavía hay algo más en el problema del tiempo que se hace patente a lo largo de los distintos capítulos de *La montaña mágica*. En mi opinión resulta muy original y significativo del testimonio que proporciona dicha novela. Me refiero a la desconcertante experiencia de que ambas formas de representación del tiempo, digámoslo así la «objetiva» y la «subjetiva», puedan darse simultáneamente y que las diferencias guarden relación también con el espacio. Como puede verse en *La montaña mágica*, solo con desplazarse de la llanura a la montaña el tiempo cambia por completo de naturaleza. No es, desde luego, porque su autor haga suya las ideas de un físico llamado Einstein que acaba de descubrir una nueva ley con el fin de explicar por qué los relojes de la llanura, si son extremadamente precisos, van más lentos que los de la montaña. En la novela de Thomas Mann aquello que se manifiesta es una oposición temporal al ir de abajo a arriba y desplazarse en otro tipo de espacio. Semejante fenómeno en *La montaña mágica* no guarda relación alguna con la unidad espacio-tiempo o con la gravedad en las teorías de la relatividad especial o general de Einstein, que como sabemos se dieron a conocer respectivamente en 1905 y 1915. Para quienes están en el lugar mágico de la montaña al que Thomas Mann lleva a su alter ego, el tiempo del mundo real de allá abajo, dividido y medido en unidades discretas, compartido por todos, el tiempo de los calendarios y de los relojes, significa muy poco aun cuando no haya desaparecido por completo. Como le dice su primo Joaquim al recién llegado, aquí el tiempo no pasa ni deprisa ni despacio, no pasa de ningún modo, aquí no hay tiempo, no hay vida (p. 25). No tardará Hans en comprobarlo: «El tiempo era completamente diferente en aquel lugar, el mes era la unidad más pequeña y, además, uno solo prácticamente no contaba...» (p. 324). En la «montaña mágica» la medida del tiempo pierde casi por completo el enorme valor social que había adquirido en el «mundo real». La oposición, por tanto, se establece entre el tiempo físico de la vida y otro tipo de temporalidad que es propio de los lugares mágicos por donde transita el pensamiento y en los que el tiempo del mundo real no cuenta.

Hans toma distancia del mundo moderno de allá abajo y durante siete años, pese a que solo pretendía estar tres semanas, pierde de vista la experiencia del tiempo que en él predomina. Se trata de la experiencia de un tiempo público uniforme, homogéneo, divisible en unidades mensurables que tiende a ser compartido universalmente; de un tiempo que hace posible el progreso económico y

social, por cuanto va unido a la mejora de los transportes y las comunicaciones por ferrocarril, al barco de vapor y al trasatlántico, al servicio telegráfico, etc. No tardará en llegar el motor de combustión y con él los coches y los aviones, la utilización de la electricidad en el tranvía, en el metro o para escuchar la radio. El tiempo cuantitativo del reloj enmarca igualmente la sociedad del ocio y del espectáculo, con el invento del cine en un lugar destacado. También la productividad del trabajo y el incremento de los beneficios empresariales dependen de semejante manera de concebir el tiempo, imprescindible en la nueva organización del trabajo que promueve el taylorismo. Settembrini, con su exaltación del progreso y su optimismo de cara al futuro, no hace más que recordarle a nuestro protagonista lo estrechamente relacionado que se encuentra ese progreso con el carácter objetivo y mensurable del tiempo y el enorme valor que en Occidente tiene saber aprovecharlo al máximo. El ingeniero naval Hans Castorp es para el italiano «el representante de todo un mundo: el del trabajo y el genio práctico» (p. 87). Así también se concibe el propio Hans cuando recuerda de dónde procede y en especial ese gran puerto de mar y de comercio internacional de la ciudad de Hamburgo, en el que el olfato se acostumbra a «las emanaciones del agua, el carbón y el alquitrán, y a los intensos olores de los ultramarinos amontonados», y la vista a «las imponentes grúas de vapor» que parecen elefantes domesticados. Bullicio en los astilleros, mastodónticos cuerpos de unos trasatlánticos varados tan altos como torres, esqueletos de buques en construcción... Se trata de un mundo en el que estaba a punto de comenzar su vida profesional de ingeniero, contratado para hacer prácticas en una empresa de astilleros y de maquinaria y calderería. Aquello había sido antes de subir a la montaña para visitar a su primo, convaleciente de una enfermedad pulmonar en el Sanatorio Internacional Berghof, muy cerca de Davos.

Settembrini quiere que nuestro protagonista deshaga el encantamiento del sanatorio en lo alto de la montaña y vuelva al mundo de abajo, a ejercer una profesión tan importante como es la de ingeniero naval, práctica y útil de cara al progreso de la sociedad. Además, le previene del aire saturado de «tipos de la Mongolia moscovita» que se respira en el sanatorio, donde abundan los rusos convalecientes (ordinarios o privilegiados, vulgares o exquisitos); y le pide que «oponga su naturaleza, su naturaleza superior, contra la de ellos y no permita que pierda su valor sagrado lo que para usted, por su educación y su procedencia, para usted como hijo del mundo occidental, del divino Occidente –hijo de la civilización– es sagrado: por ejemplo, el tiempo». En Oriente, le dice Settembrini, el tiempo se toma con mucha ligereza, porque la despreocupación de esa gente respecto al tiempo está relacionada con la desmesurada extensión de su país.

Donde hay mucho espacio hay mucho tiempo... Nosotros los europeos no podemos presumir de lo mismo. Nuestro tiempo es tan escaso como el espacio de nuestro noble continente, recortado y subdividido con tanta finura, nosotros dependemos de una cuidadísima administración tanto de lo uno como de lo

otro, dependemos del aprovechamiento: aprovechamiento del tiempo y del espacio, ingeniero. Tome como ejemplo nuestras grandes ciudades, esos centros y hogares de la civilización, esos crisoles del pensamiento. En la misma medida en que el terreno sube de precio en ellas, en que malgastar el espacio se convierte en algo imposible, también el tiempo, fíjese bien, se vuelve cada vez más precioso. *Carpe diem!* Fue un hombre de la ciudad quien dijo eso. El tiempo es un regalo de los dioses para que lo aproveche, ingeniero, para que lo aproveche en aras del progreso de la humanidad (pp. 351-352).

TESTIMONIO DE ÉPOCA

Aquellos que viven en «la montaña mágica» son ajenos al esforzado empeño por avanzar en un modo de concebir el tiempo que la civilización occidental vincula al progreso técnico, económico, social y cultural tan admirado por Settembrini. En el mundo real de allá abajo impera la homogeneización y la universalización de un *tiempo objetivo* que es posible descomponer y medir de la misma manera por todos en cualquier parte del mundo. Gracias a los estudios históricos sabemos que a finales del siglo XIX y principios del XX se dieron grandes avances en ese sentido, poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, a instancias en buena medida de las grandes compañías ferroviarias y de los servicios telegráficos. En 1884 representantes de veinticinco países se reunieron en Washington para establecer como meridiano de referencia el de Greenwich, y dividieron la Tierra en veinticuatro husos horarios. En 1912, justo el año en que Thomas Mann comenzó a escribir *La montaña mágica*, la Conferencia Internacional sobre el Tiempo se reunía en París y elaboraba un método uniforme para determinar y conservar señales horarias con exactitud y transmitir las en todo el mundo. Durante esos años hubo varias propuestas de reforma del calendario y un esfuerzo en paralelo para racionalizar el tiempo público a un lado y otro del Atlántico. La precisión del tiempo nunca había sido antes tan rigurosa, ni se había extendido tanto socialmente como en la época del ferrocarril y de la electricidad. Incluso llegó al extremo de provocar la alarma médica por los efectos patológicos de la dependencia del reloj de pulsera que se manifestaban en individuos anormalmente nerviosos.⁷

Settembrini se convierte en uno de los personajes más interesantes de *La montaña mágica* porque da testimonio del entusiasmo y del orgullo, que muchos sintieron a principios del siglo XX, por el mundo real de allá abajo, el del progreso en Occidente. Se manifestaba en la ciencia y en la tecnología, así como en un desarrollo económico e industrial que se aceleró y expandió entre 1900 y 1914 y produjo un intenso cambio social y cultural. Son los *Años de vértigo*, como los denomina el historiador Philip Blom en un libro en el que narra, año por año,

7. Stephen KERN: *Il tempo e lo spazio. La percezione del mondo tra otto e novecento*, Bologna, Il Mulino, 1995, pp. 18-23.

el veloz avance de la técnica, los progresos en el ámbito de la comunicación, las transformaciones sociales, la cultura del consumo de masas que despunta, el incipiente fenómeno de la globalización, la sensación de vivir en un mundo en imparable aceleración hacia lo desconocido.⁸ El ingeniero Hans Castorp representa, por su profesión y actividad intelectual, el mundo del trabajo y del genio práctico, pero Settembrini es un humanista (p. 88) con una manifiesta vocación didáctica (p. 94). Se siente plenamente identificado con los humanistas de su tiempo, que han sustituido a los sacerdotes como educadores. Tiene muy presente la herencia del clasicismo grecorromano y del Renacimiento, no en vano para él la crítica es el origen del progreso y de la ilustración. En una época lejana, nada menos que hacía un siglo, tan lejana que «era historia», su abuelo había luchado en defensa de la libertad y contra la tiranía. Su espíritu revolucionario y de conspirador –un «carbonario» según Settembrini– estaba estrechamente unido al amor a su patria, a la que quería ver libre y unida. Semejante mezcla de revolución y patriotismo resultaba algo bastante extraño a principios del siglo XX, en unos años en los que el patriotismo se identificaba «con un sentido conservador del orden» (p. 221). Settembrini es descrito en *La montaña mágica* como alguien que «reverencia el proceso de la técnica y los transportes» (el campo profesional de Hans Castorp), pero no por el valor en sí de ese proceso, sino por «su repercusión en el perfeccionamiento moral del hombre». Sin embargo, a nuestro ingeniero esa unión de «técnica» y «moral» le resulta ajena por completo, tiene por costumbre considerarlas por separado. Por el contrario, el italiano pone en primer plano el principio de igualdad y de unión entre los pueblos, que el Salvador del cristianismo fue el primero en revelar y favoreció después la imprenta, «hasta que la Revolución francesa lo había elevado a la categoría de ley» (pp. 224-225).

Semejante «lucha entre dos principios: el poder y el derecho, la tiranía y la libertad, la superstición y el conocimiento, el principio de conservación y el principio del movimiento», piensa Settembrini, es lo que impulsa el progreso, pero sus argumentos no convencen a Hans ni a su primo. El que el italiano, llevado por su republicanismo, considere que la victoria todavía no es completa y deba producirse en las monarquías de aquellos países que no han tenido un auténtico siglo XVIII, ni tampoco un verdadero 1789, despierta «un resentimiento personal o nacional» en dos buenos alemanes como se consideran Hans Castorp y Joaquim Ziemssen. A medida que avanza la novela, el alter ego de Thomas Mann siente una atracción intelectual en aumento por el personaje que encarna unas ideas liberales y republicanas que no son las suyas, pero no sigue su consejo de regresar al mundo real de allá abajo para contribuir con su profesión al progreso. El optimismo de Settembrini, que en lo alto de la montaña dedica las pocas energías que le deja su enfermedad al perfeccionamiento de la humanidad por

8. Philipp BLOM: *Años de vértigo. Cultura y cambio en Occidente, 1900-1914*, Barcelona, Anagrama, 2010.

medio de su participación en una obra colectiva titulada *Sociología del sufrimiento*, caerá por tierra al final de la novela. Muy lejos de cumplirse quedan entonces las expectativas del italiano y de la organización a la que pertenecía y que impulsaba esa obra, la Liga Internacional para la Organización del Progreso. Su programa de reformas pretendía combatir la «degeneración de nuestra raza», vista como «el más lamentable efecto secundario de la industrialización», y se mostraba a favor de «la fundación de universidades populares, la superación de la lucha de clases por medio de reformas sociales» y la supresión de los conflictos bélicos «por medio del derecho internacional» (pp. 353-356). En vez de ese mundo deseado por Settembrini y la Liga Internacional para la Organización del Progreso, en 1914 irrumpe la Primera Guerra Mundial y pone fin al relato.

En *La montaña mágica* está claro el contraste entre el cambio drástico en el mundo real, tras unos años de vértigo, y la gran tempestad de la guerra. Esta última echaba por tierra las esperanzas de aquellos que, como Settembrini, creían firmemente en el progreso y confiaban ciegamente en una supuesta tendencia intrínseca a la naturaleza humana, que uniría el perfeccionamiento moral al desarrollo tecnológico y traería inevitablemente el final de toda clase de conflictos y la armonía universal. *La montaña mágica* no solo da testimonio de esa creencia, socialmente muy extendida antes de 1914, sino también de cómo la terrible experiencia de la Primera Guerra Mundial terminó con semejante optimismo. Además, el autor de la novela también saca a relucir algo de mucho interés para el análisis histórico. En Occidente no había antes de 1914 una sola forma de concebir el progreso, sino como mínimo dos modos distintos que comparten la misma confianza en el futuro destruida por la Gran Guerra. Como hemos visto, uno de ellos lo encarna el italiano Settembrini, de corte liberal y republicano, pero hay otro que en este caso se encuentra unido a un sentimiento patriótico alemán del que el propio Thomas Mann va a dar numerosas muestras durante el conflicto bélico.

Hans Castorp llega de Alemania en ferrocarril y dos años después su tío abuelo, el cónsul Hans Tienappel, hace otro tanto con el propósito de rescatarle. No tiene éxito y vuelve a su patria con ese mismo medio tan moderno de transporte, para seguir al frente de sus negocios. Poco antes había regresado también a Alemania Joaquim Ziemssen, el primo de Hans, con el fin de incorporarse al ejército. En la Alemania de estos tres personajes imperan unos valores que no son precisamente los del liberalismo republicano y democrático de Settembrini. De esos otros valores Joaquim Ziemssen se convierte en portavoz, en un momento de la novela, con la aquiescencia de su primo el ingeniero. La camaradería de enfermos que existe entre ambos transmite «un gran sentido del deber militar», que les lleva a entender el sanatorio como una obligación y disciplina el espíritu de Hans (p. 298). Este último echa de menos, en las costumbres y en la manera de comportarse de los civiles, la jerarquía, el principio de obediencia y los honores que se rinden con pomposas fórmulas los militares e incluso el uniforme, ajustado e impecable, con cuello almidonado, que les da empaque. Hans contrapone precisamente la moral

y el espíritu de sacrificio del ejército a la moral de Settembrini y sus intentos de erradicar el sufrimiento (p. 427). En definitiva, son tres buenos alemanes que hacen suyos los valores del autoritarismo y el militarismo de antaño, para ellos perfectamente compatibles con el avance de la ciencia y la técnica, el éxito en los negocios y el progreso de la economía y de la sociedad. La diferencia entre Hans, por un lado, y su primo y su tío abuelo, por otro, tiene un motivo que no guarda relación con la ideología de estos tres personajes. Para Hans el tiempo comienza a ser un problema antes incluso de su ascenso a la montaña y no deja de darle vueltas a ese asunto cuando permanece en el sanatorio. De ahí la consternación de Joaquim, que solo piensa en su regreso al mundo de abajo para incorporarse al ejército; no en vano comparte la idea de Helmuth von Moltke el Joven, jefe del Estado Mayor entre 1906 y 1914, de que la guerra es necesaria: «Sin guerras, el mundo no tardaría en corromperse» (p. 538). Joaquim está exultante a punto de dejar el sanatorio, piensa que de nuevo va a disfrutar de un tiempo tangible y pronto realizará el solemne juramento de fidelidad a la patria y al ejército ante la bandera alemana (p. 612). Por su parte, el tío abuelo de Hans llega poco después de la partida de Joaquim a rescatar a Hans del hechizo de la montaña, pero escapa despavorido cuando también empieza a sentir la magia de las alturas. Regresa al mundo real de la llanura en el que desempeña el papel de importante hombre de negocios, enérgico, circunspecto y fríamente realista, por más que procure no llamar demasiado la atención por sus modales aristocráticos (pp. 627-628).

En *La montaña mágica* nada hace pensar que su autor, al poner fin a esta novela, hubiera cambiado de punto de vista sobre el papel de Alemania en el conflicto. El Estado alemán sigue sin ser responsable de la catástrofe de 1914 y los antiguos valores del Reich, que exaltaban el ejército, la jerarquía, la disciplina y la autoridad, así como la actitud germano-nacionalista, todavía no se han puesto en cuestión diez años más tarde, cuando Thomas Mann termina su relato. Se trata en 1924 de un testimonio, entre otros muchos, que podemos relacionar con la debilidad de la recién nacida República de Weimar y las sucesivas crisis que la envolvieron. Muy diferente es la actitud del hermano de Thomas Mann, Heinrich, que radicaliza su crítica de tipo social y al sistema político de la monarquía de Guillermo II en vísperas de la Primera Guerra Mundial, como puede verse en su novela *El súbdito. Historia del alma pública bajo el reinado de Guillermo II*. Para este último, la fe ciega en la autoridad se convierte en uno de los rasgos principales de la mentalidad del súbdito, muy extendida socialmente, y le parece uno de los grandes males de Alemania. Heinrich Mann había empezado a escribir *El súbdito* en 1907 y dos terceras partes de la obra se publicaron en una revista ilustrada muniquesa entre enero y agosto de 1914.⁹ Thomas Mann era

9. En castellano se editó, de manera bastante defectuosa, en formato de bolsillo, Heinrich MANN: *El súbdito*, Barcelona, Bruguera, 1983, y hoy en día es un libro que solo se encuentra en librerías especializadas en libros antiguos o descatalogados.

un decidido partidario de la guerra, de una «guerra popular grande, respetable, hasta la médula, incluso solemne», escribió en una carta a su hermano, por más que pueda hacer retroceder a Alemania cultural y moralmente. En su opinión estaba justificado que Alemania hiciera la guerra, se trataba de conservar «lo alemán», en peligro a causa del «liberalismo mundial». Sus «Reflexiones en la guerra» y otros artículos y escritos suyos durante el conflicto bélico constituyen una defensa a ultranza de la «cultura» alemana, muy superior según él al materialismo de la «civilización» imperante en las naciones vecinas. La profundidad del «alma alemana» unía el arte a la guerra, concebida esta como purificación y liberación, y la guerra a la supervivencia de un pueblo con una voluntad de rectitud y una moral superior a la de sus vecinos.¹⁰ «La razón estaba con Alemania», escribió Thomas, a lo que su hermano replicó en su ensayo *Zola* (noviembre de 1915) con una contundente defensa de las fuerzas democráticas frente al imperialismo alemán. La reacción indignada de Thomas Mann no se hizo esperar. En 1917 los dos hermanos mantuvieron una controversia política ante la opinión pública y ese mismo año Thomas vendió su casa de campo en Tölz para adquirir empréstitos de guerra.¹¹ Sus *Consideraciones de un apolítico*,¹² que se editaron en 1918, ocuparían el hueco dejado en los años de la guerra por la interrupción de *La montaña mágica*.

Como sabemos, la Primera Guerra Mundial dividió entre sí a los intelectuales dentro y fuera de Alemania y la fractura fue tan profunda y amplia, como ha puesto de relieve Adam Hochschild en el caso de Gran Bretaña, que afectó a muy diversas capas sociales, rompió lazos familiares y de amistad y planteó profundos dilemas morales.¹³ No obstante, Thomas Mann terminó *La montaña mágica* dos años después de haberse reconciliado con su hermano. En 1922 fue a verlo, cuando Heinrich estaba gravemente enfermo, y reanudó una relación bruscamente interrumpida por motivos de carácter económico y sobre todo por desavenencias políticas. En cierto modo, el racionalismo ilustrado y el republicanismo liberal de Settembrini se aproximan bastante a las ideas de Heinrich Mann, con quien Thomas se había enfrentado durante la Gran Guerra y reconciliado en 1922. Sea o no por ese acercamiento, lo cierto es que en el tramo final de *La montaña mágica* parece como si Hans Castorp valorara más la ideología de Settembrini, aun cuando siga dejando muy claro que no es su modo de pensar. La complejidad de una época, en la que la tradición y la modernidad unas veces se complementaban y otras se contraponían, mientras se aceleraba el cambio social y cultural, queda una vez más muy bien recogida en el testimonio que nos proporciona *La montaña mágica* de estas dos formas distintas de concebir el progreso. Sin embargo, hay

10. Publicado en *Pasajes de pensamiento contemporáneo*, 43 (invierno 2013-2014), pp. 88-100.

11. Marianne KRÜLL: *La familia Mann*, Barcelona, EDHASA, 1992, pp. 215-219.

12. Thomas MANN: *Consideraciones de un apolítico*, Madrid, Capitán Swing, 2011 (1918).

13. Adam HOCHSCHILD: *Para acabar con todas las guerras. Una historia de lealtad y rebelión (1914-1918)*, Barcelona, Ediciones Península, 2012.

un testimonio más impactante si cabe de la complejidad y las contradicciones del mundo en que vive el autor de la novela. A la visión racionalista e ilustrada y su confianza en el progreso, mediante la unión de los avances científicos y técnicos y el desarrollo de una moral basada en el humanismo, se opone un extraño e increíble personaje que aparece en el capítulo VI («Un nuevo personaje», pp. 532-559), más o menos a mitad de la novela. Leo Naphta interviene con distintos argumentos que cuestionan y se enfrentan a las ideas de Settembrini y en general al mundo moderno. Desde el momento en que el nuevo personaje entra en escena, casi siempre en controversia con Settembrini y con la misma intención educativa que la de este último, pero en sentido completamente opuesto, la novela adquiere otro carácter.

No es que el problema del tiempo pase ahora a un segundo plano; reaparece en varias ocasiones para reiterar lo dicho antes. Incluso Thomas Mann incluye, al principio del capítulo VII y último («Un paseo a la orilla del mar», pp. 791-801), una extensa digresión sobre el tiempo en la narración y sus semejanzas y diferencias con respecto al tiempo de la música. Sin embargo, aquello que verdaderamente rompe la monotonía de la repetición de las mismas cosas en el sanatorio de la montaña, ese círculo de las horas, de los días y de las estaciones, así como también de la conversación, de los sentimientos y de la costumbre, es el duelo dialéctico entre Naphta y Setembrini sobre múltiples asuntos. Mencionaré solo unos cuantos: el monismo panteísta de una naturaleza con espíritu, frente a la dualidad de la naturaleza por una parte y del espíritu por otro; la «Edad Media clásica» de Santo Tomás y San Buenaventura, herederos del pensamiento aristotélico, o la Antigüedad y el Renacimiento, con Virgilio y Dante; el trabajo como el pilar de la sociedad moderna y el trabajo de los monjes como ejercicio puramente ascético; la política, la guerra, el Estado moderno, el individuo, la humanidad, la República Universal o el cosmopolitismo de la Iglesia católica y un largo etcétera. Hasta la incineración provoca controversia.

En la novela, Naphta procede de la Europa del Este, «de una pequeña aldea situada en las cercanías de la frontera de la Galitzia y la Volina», cuyo padre «había sido *shohet*, matarife según el rito judío», un oficio muy diferente del que ejercía el carnicero cristiano, porque era «un cargo de funcionario prácticamente equivalente al del sacerdocio». Había sido elegido por el rabino por su destreza y devoción (p. 638) y, tras la muerte espantosa de su maestro, «a manos de una turba, enloquecida por el misterioso asesinato de dos niños cristianos» (p. 640), Leo Naphta, que tiene una inteligencia excepcional, se hace amigo de un diputado socialista. Su influencia le lleva «a meterse en política y a orientar su pasión por la lógica en la dirección de la crítica de la sociedad» (p. 641). Sin embargo, la trayectoria de Naphta cambia por completo de dirección cuando conoce a un sacerdote jesuita con quien habla de *El Capital* de Marx y de Hegel. Leo considera, sorprendentemente, a este último un pensador católico por el siguiente motivo:

...el concepto de lo político estaba psicológicamente unido al concepto de catolicismo, ambos formaban una misma categoría que comprendía todo lo objetivo, lo activo, todo lo relacionado con la acción y la realización directa, con su repercusión en el mundo real. A esta categoría supuestamente se opondría la postura protestante, pietista, surgida de la mística. En el pensamiento jesuítico, añadió, se hacía patente la naturaleza pedagógica y política del catolicismo, ya que esta orden había considerado desde siempre que el arte de la política y la educación eran jurisdicción suya (pp. 642-643).

Por supuesto, Thomas Mann no crea el personaje de Naphta y le hace intervenir en la segunda mitad de la novela con la intención de que su portentosa y contradictoria mezcla de judío-comunista-jesuíta-revolucionario-conservador sea el rasgo característico de una figura de carne y hueso. Naphta, él mismo muy contradictorio (democrático y aristocrático, espiritualista y mundano, conservador y revolucionario), como Hans Castorp reitera (pp. 862-863), resulta muy útil para resaltar las contradicciones que continuamente se manifiestan en aquella época. Son contradicciones que muestran la gran diferencia entre las ideas de los racionalistas y republicanos liberales partidarios del progreso y «la ‘doctrina económica’ de la sociedad», por un lado, y la realidad del mundo moderno, por otro, pero asimismo son contradicciones dentro del mundo moderno. El progreso del ideal democrático, en una Europa dominada por el ideal pacifista y en camino de la República Universal, es para Naphta un espejismo. «La catástrofe llegará, tiene que llegar, se avecina por todos los caminos y en todas las formas», anuncia Naphta: la política colonial de Inglaterra, la expansión de los rusos hacia Europa (pp. 550-551), el desarrollo de la idea de Estado nacional (p. 554), el hecho de que «el hombre se ahoga entre la masa, y el mercado del trabajo está tan saturado que la lucha por el pan de cada día supera a todos los horrores de todas las guerras pasadas... La guerra sería el remedio contra todo ello: sería la solución para esa mejora de la especie e incluso para combatir la crisis de natalidad» (p. 556). También cuando Naphta le dice a Hans:

Querido amigo, el conocimiento puro no existe... Siempre hay una fe, una concepción del mundo, una idea; en resumen: siempre hay una voluntad, y lo que tiene que hacer la razón es interpretarla y demostrarla [...] Es verdadero lo que es beneficioso para el hombre... El hombre es la medida de todas las cosas y su felicidad es el criterio de la verdad. Un conocimiento que careciese de referencia práctica a la idea de la felicidad del hombre estaría tan sumamente desprovisto de interés que no se le podría conceder el valor de ser verdadero y tendría que ser rechazado (pp. 574-576).

En cuanto a la extraña unión de catolicismo y comunismo, este es el razonamiento de Naphta:

El principio fundamental de la doctrina económica, a saber, que el precio es el resultado del equilibrio entre la oferta y la demanda, ha sido profundamente despreciado por ellos (se refiere a los padres de la Iglesia), como también han condenado el hecho de aprovecharse de la coyuntura para explotar con cinismo la miseria del prójimo. Y aún hay una forma de explotación más criminal a sus ojos, este delito que consiste en cobrar una prima por el mero transcurso del tiempo, es decir: los intereses, y abusar así, para ventaja de unos y a costa de otros, de una institución divina y universal para todos como es el tiempo (pp. 582-583).

Los padres de la Iglesia, como santo Tomás de Aquino:

han calificado de usura todos los negocios relacionados con la especulación o los intereses del capital y han declarado que todo rico era o bien un ladrón o el heredero de un ladrón [...] Todos esos principios y esa escala de valores económicos han resucitado, después de siglos de marginación, en el moderno movimiento del comunismo. Coinciden por completo hasta en la concepción de la soberanía, que reivindica el trabajo internacional frente al imperio del comercio y la especulación internacionales: el proletariado mundial, que ahora opone la humanidad y los criterios del Estado de Dios a la degeneración burguesa y al capitalismo [...] El proletariado ha hecho suya la doctrina de san Gregorio Magno, en él se ha renovado su fervor religioso y, como también dijera el santo, no podrá apartar sus manos de la sangre. Su misión es instituir el terror en aras del bien del mundo y de alcanzar la salvación última: la vida en Dios sin Estado ni clases sociales (pp. 583-584).

A lo largo del intercambio de ideas entre Naphta y Settembrini, del conflicto dialéctico que se manifiesta en la segunda mitad de la novela, salen también otras muchas cosas a relucir que igualmente resultan significativas de la confusión y la incertidumbre en el terreno de las ideas y de la persistencia de prejuicios viejos o nuevos. El estereotipo del judío, que reproduce el primo de Hans al conocer a Naphta y Hans contrarresta, haciéndole ver cuán extendida está la nariz grande entre los caldeos, que eran endiabladamente sabios (p. 557), no desaparece y se mantiene de otro modo en la forma de pensar del propio Hans o en la de Settembrini. Para ambos, la transmisión biológica de la herencia trae diferencias raciales que a su vez producen culturas separadas unas de otras, puestas en un cierto orden jerárquico. Al final de la novela, el antisemitismo se convierte en todo un fenómeno social en el momento de la preparación de la tormenta. Otro prejuicio, el de la inferioridad de todo aquello que viene de Oriente para los hijos del «divino Occidente», lo hemos visto en el apartado anterior al referir cómo Settembrini ponía en guardia a Hans Castorp del «aire saturado de tipos de la Mongolia moscovita» que se respiraba en el sanatorio. Un rasgo de época asimismo muy significativo es la inclinación al ocultismo de Hans, quien debido a ello se siente atraído por la figura de Naphta. Los pacientes del sanatorio organizan una sesión de espiritismo en el último capítulo de *La montaña mágica*,

después de que Thomas Mann quiera hacernos creer que el descubrimiento del mundo del subconsciente por la ciencia médica lleva a lo «oculto» «y constituye una de las fuentes de las que surgen aquellos fenómenos que denominamos con ese mismo calificativo» (p. 960). Por último, también resulta de mucho interés desde el punto de vista histórico, por la importancia que va a tener en el periodo de entreguerras, la idea de fuerzas políticas internacionales ocultas que intervienen en el curso de la historia. Naphta pertenece al ejército obediente y disciplinado que conforma la extraña alianza de la orden de los jesuitas, creada por el español San Ignacio de Loyola, con el socialismo revolucionario y el comunismo de los seguidores de Marx, que en octubre de 1917 había triunfado en Rusia y amenazaba Europa. El mismo Naphta se encarga de poner al descubierto que su antagonista, Settembrini, pertenece a la francmasonería, en otro tiempo una organización revolucionaria secreta y con unos rituales en desacuerdo con el racionalismo ilustrado del italiano, pero que desde hacía años había perdido su antiguo carácter y se había modernizado. «Ahora en las logias vuelve a hablarse de la naturaleza, de la verdad, de la mesura y de la patria. Supongo que incluso se habla de negocios. En una palabra: es el espíritu mezquino burgués en forma de hermandad» y también de filantropía (p. 749).

El duelo intelectual entre el representante del modernismo y su antagonista acaba convirtiéndose, al final de la novela, en un verdadero duelo de pistolas. El resultado tiene un indudable valor simbólico. Settembrini dispara al aire, Naphta le llama cobarde y le insta a que lo vuelva a hacer. «No pienso hacerlo. Ahora le corresponde a usted», le responde el italiano. Naphta levanta la pistola y se pega un tiro en la cabeza. A continuación, estalla la tempestad. Hans visita a Settembrini, para quien el penoso final de Naphta, «aquel acto de terrorismo de su desesperado adversario», se convierte en un duro golpe. Settembrini interrumpe su colaboración en la *Patología Sociológica* (obsérvese el cambio de nombre de la obra), el diccionario que debía tratar el tema del sufrimiento humano a través de las obras de la literatura universal, y se ve obligado a limitar su labor para la organización del progreso en el mundo a la propaganda oral, una oportunidad que le ofrecen las visitas de Hans Castorp. Su discurso ahora, nos dice la voz del narrador, alberga ciertas contradicciones internas.

En el duelo con Naphta, el extremista, se había comportado como un hombre; en el terreno de los grandes ideales, sin embargo, allí donde la humanidad se funde con sumo entusiasmo con la política para alcanzar la victoria y el imperio de la civilización, donde la pica del burgués se consagraba en el altar de la humanidad, no quedaba tan claro que él –o que el hombre en un sentido más impersonal y general– considerase correcto abstenerse de derramar la sangre que fuera necesaria; es más: su circunstancia personal contribuía a que, en la postura de Settembrini, primase cada vez más el coraje del águila sobre la dulzura de la paloma (p. 1039).

Al italiano le inquieta la colaboración de su país con Austria para intervenir en Albania y el gran empréstito ruso emitido por Francia para la construcción de una red ferroviaria en Polonia. «Fue entonces cuando tuvo lugar el asesinato del archiduque» y el desgraciado acontecimiento se convirtió en el «anuncio de la gran tempestad» (pp. 1039-1040).

«Hans Castorp se vio arrastrado en el torbellino de partidas precipitadas para las que la tempestad había dado la señal. La ‘patria’ hervía como un hormiguero, presa del pánico. El pequeño mundo de allí arriba se lanzaba en picado desde sus cinco mil pies de altura para llegar cuanto antes abajo, al país de sus desvelos... y Hans Castorp se lanzó también». Settembrini se despidió de él en la estación tuteándolo, rechazando así la forma de tratamiento que se impone en el Occidente civilizado, y le pidió que combatiera valientemente en la tierra a la que pertenecía. Después aparece Hans en el frente, en un regimiento de voluntarios, de gente joven, que sufre «una cortina de proyectiles, de metralla y de granadas de gran calibre», avanzando y retrocediendo, tirado con la cara en el barro, empapado hasta los huesos. Corre y canta, pisa la mano de un camarada caído, se lanza a tierra porque le acecha «un perro infernal, un inmenso obús, un repugnante chorro de fuego salido del abismo». «El producto de una ciencia enloquecida, cargado del peor de los horrores», estalla cerca de él y arranca la vida de dos amigos a su lado. «Y así, en el fuego de la batalla, bajo la lluvia del crepúsculo, le perdemos la vista», nos dice el narrador. «¡Adiós, Hans Castorp, ingenuo niño mimado por la vida! Tu historia ha terminado. Hemos terminado de contarla. No ha sido breve ni larga; ha sido una historia hermética. La hemos contado por ella misma, porque es digna de ser contada, no por ti, que eras un muchacho sencillo», aunque lo cierto es que el narrador ha acabado por tenerle simpatía, como él mismo confiesa, y deja abierta la pregunta de qué le va a pasar en esta guerra. «¿Será posible que de esta bacanal de la muerte... surja alguna vez el amor?» (pp. 1046-1048).

Dejemos la pregunta y el deseo que expresa Thomas Mann y pone fin a su novela, para volver por última vez a la experiencia del tiempo y al testimonio de época que proporciona *La montaña mágica* e intentar ir un poco más allá. Se trata de una experiencia y de un testimonio que no se limita a representar el tiempo, y en consecuencia una época, como si fuera un continuo y asimismo un cambio perpetuo. Esta es la manera de pensar el tiempo de los historiadores, tal como Marc Bloch expuso en 1942 para añadir lo siguiente. «De la antítesis de estos dos atributos provienen los grandes problemas de la investigación histórica». ¹⁴ A Thomas Mann le preocupa sin embargo otra cosa. Tampoco en *La montaña mágica* aquello que más interesa es la discordancia de tiempos de que da cuenta la novela y se manifiesta en la llamada «crisis de fin de siglo» y más todavía durante la Gran Guerra y en el periodo de entreguerras. El cambio es rápido e intenso en

14. Marc BLOCH: *Apología para la historia o el oficio de historiador* (edición crítica preparada por Étienne Bloch), México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 141.

ciertos fenómenos como la introducción de las nuevas tecnologías, el desarrollo económico durante la segunda industrialización, las transformaciones de la sociedad de masas y la primera globalización, pero resulta lento en las mentalidades y en los sistemas de valores.¹⁵ El problema principal de esta novela ni siquiera resulta ser la doble naturaleza del tiempo, objetivo y subjetivo, según se conciba como medida o como tiempo sentido en el interior de la conciencia, por más que esa diferencia salga una y otra vez a relucir. En el fondo de *La montaña mágica* hay otra cosa, no en vano la «montaña mágica» simboliza el lugar más alto al que puede subir el pensamiento antes de acercarse la muerte, rodeado entonces como está por la enfermedad. Allí se encuentra retenido Hans Castorp, que deja de ser una persona «sana» y completamente ajena, en el día a día de su trabajo y de su profesión, a los problemas que solo aparecen tras sentir el hechizo de la «montaña mágica». Los enfermos del sanatorio ni mucho menos son todos como Hans Castorp, pero en esta altura, a enorme distancia del mundo moderno de allá abajo, el alter ego de Thomas Mann puede pensar en las cuestiones verdaderamente importantes, en compañía de Settembrini y más tarde también de Naphta. Son cuestiones eternas y, en consecuencia, que no tienen tiempo, los grandes problemas de siempre, deja entrever nuestro autor.

En *La montaña mágica* la dualidad entre el mundo de abajo y el del pensamiento allí arriba se mantiene a lo largo de toda la novela y se convierte en una contradicción irresoluble. Su protagonista y el narrador no saben cómo hacer frente al dilema, mantienen una ambigüedad que impide asegurar si verdaderamente están a favor de abandonar por completo el mundo de la llanura o de volver y comprometerse con él. Por esa razón me parece muy significativo el siguiente fragmento, a mitad de la novela, en el que el narrador relata cómo Hans recuerda un paseo en barca a la caída de la tarde, en un lago de Holstein, poco antes de llegar al sanatorio (capítulo IV, «Angustia en aumento. Los dos abuelos y un paseo en barca a la caída de la tarde»):

Durante diez minutos, mientras Hans Castorp remaba sobre el agua tranquila, había reinado una placidez de ensueño, casi onírica. Al oeste aún resplandecía el pleno día, una luz brillante y límpida; pero cuando volvía la cabeza veía una noche de luna llena, mágica e impregnada de húmedas tinieblas. Aquella extraña dualidad sólo había durado un cuarto de hora, antes de que triunfaran la noche y la luna, en tanto, para feliz sorpresa de Hans Castorp, sus ojos deslumbrados y engañados pasaban de una a otra luz y de un paisaje a otro, del día a la noche y de la noche al día. De eso se acordaba ahora (p. 223).

La «extraña dualidad de los atardeceres» trae una imagen de duplicidad y ambigüedad que, según pienso, hace entender mejor las tres experiencias más

15. Christophe CHARLE: *Discordance des temps. Une brève histoire de la modernité*, París, Armand Colin, 2012.

